

Creo en Dios Padre

Introducción

Para muchas personas, Dios es un problema no resuelto. Porque, para tales personas, Dios es un misterio tremendo, ante el que se siente respeto y temor, y no la cercanía y el amor que se deben experimentar ante un ser querido.

En otros casos no hay temor, pero sí un desconocimiento profundo de Dios. No se sabe quién es Dios ni cómo es. Es más, se tiene el convencimiento de que nadie puede saber algo cierto sobre Él. Dios es el gran desconocido y, con mucha frecuencia, el gran ignorado.

No falta, en fin, quien piensa que el Dios que se revela en el Antiguo Testamento es esencialmente distinto del que se nos manifiesta en el Nuevo. Porque, para estos, el primero es un Dios terrible y, por eso, temible, mientras que el Dios del Nuevo Testamento es todo bondad y amor.

¿Quién es realmente este Dios en quién creemos? ¿Qué nos ha dicho Él de sí mismo? ¿Es cierta esta contraposición entre el Dios “malo” y el “bueno”? Con estas sencillas reflexiones intentaremos acercarnos a la persona de Dios, hacer un poco más comprensible el primer artículo de fe de nuestro credo: “Creo en Dios Padre”, intentando demostrar que no existen “dos dioses”, sino uno y el mismo que se nos revela tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Para ello dejaremos hablar al texto sagrado y dividiremos nuestra exposición en dos partes fundamentales: en la primera, nuestra reflexión se centrará en ver qué dice de Dios el Antiguo Testamento. Posteriormente, en un segundo momento, nos centraremos en la gran novedad de nuestra fe tal como nos ha sido revelada en Jesucristo: nuestro Dios es a la vez, nuestro Padre.

1.- El Dios que se nos ha revelado en el Antiguo Testamento

“A su pueblo Israel Dios se reveló dándole a conocer su Nombre. El nombre expresa la esencia, la identidad de la persona y el sentido de su vida. Dios tiene un nombre. No es una fuerza anónima. Comunicar su nombre es darse a conocer a los otros. Es, en cierta manera, comunicarse a sí mismo haciéndose accesible, capaz de ser más íntimamente conocido y de ser invocado personalmente” (CIC nº 203).

“Soy el que soy”

“Soy el que soy; esto dirás a los israelitas: Yo soy me envía a vosotros” (Ex.3, 14).

“Soy el que soy” es la primera definición que Dios hace de sí mismo cuando es preguntado por Moisés. Éste quiere un nombre y Dios le revela su nombre. Se trata, a la vez, de un nombre revelado y del rechazo a un nombre propio. Dios es el “Dios escondido”, su nombre es inefable. Esta revelación puede parecer una especie de evasiva, sin embargo, no es tal. Lo que con este nombre se nos está diciendo no es sino que la infinita riqueza del ser de Dios no puede ser encerrada en un nombre. De ahí que de alguna manera, Dios se niegue a responder a la petición de Moisés. “Soy el que soy” remite al misterio de Dios, un misterio al que el hombre puede asomarse, pero no puede agotar, ni mucho menos dominar. Se trata de un nombre que no apela a lo simbólico, y que, por tanto, corta de raíz cualquier intento de antropomorfismo o idolatría.

Ahora bien, esta expresión puede significar también “soy el que está con vosotros”. El Dios fiel, el de siempre y para siempre; con una fidelidad valedera tanto para el pasado como para el futuro. Dios se niega a encerrarse en una definición, pero se le percibe por su presencia, una presencia que acompaña, que guía, que sostiene, alguien que se irá dando a conocer no en un nombre abstracto, sino con las acciones que irá realizando a lo largo de toda la historia del Éxodo. Es ahí donde el pueblo conocerá de verdad quién es su Dios, su verdadera identidad: *“Yo, Yahveh, soy tu Dios, que te he sacado de Egipto, de la casa de la esclavitud”* (Ex. 20, 2).

El Dios único

La afirmación fundamental del Antiguo Testamento sobre Dios es que éste es único. *“Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno”* (Dt.6, 4); *“No tendrás otro Dios junto a mí”* (Ex.20,3). Esta verdad, tan elemental para nosotros, no era algo tan obvio para los israelitas. Ellos vivían entre pueblos que tenían varios dioses protectores, de ahí que constantemente aparezca en el Antiguo Testamento la lucha contra esos falsos dioses, lucha que llega a su momento culminante en la contienda de Elías con los profetas de Baal (el dios falso). Hasta que aquellos falsos profetas tuvieron que reconocer: *“¡El Señor es el Dios verdadero!”* (1Re 18,39).

Ahora bien, cuando hablamos de la unicidad de Dios en el Antiguo Testamento, no estamos hablando de una verdad filosófica, resultado de una demostración teológica. Se trata, más bien, de una experiencia vivida por el pueblo en el transcurso de su historia. A través de la promesa, del éxodo y de la alianza, el pueblo experimentó que no tenía otro Dios, fuera del Dios único de Israel.

Por último, deberíamos apuntar también que esta afirmación sobre la unicidad de Dios nos está diciendo que el hombre tiene su seguridad y su esperanza sólo en el único Dios. Nosotros no tenemos peligro de caer en el politeísmo filosófico o teórico, pero sí en el politeísmo práctico. Creer en el Dios único es algo arriesgado y comprometedor. He ahí la lección fundamental que nos ofrece el Antiguo Testamento.

El Dios trascendente

El Dios de la Biblia trasciende el espacio. No se puede identificar con nada de lo que se localiza en algún lugar: *“¿Es posible que Dios habite en la tierra? Si no habita en el cielo y lo más alto del cielo, ¿cuánto menos en este templo que he construido!”* (1Re.8,27). Pero el Dios de la Biblia trasciende también el tiempo. Es el creador de todo desde el comienzo: *“Antes de que los montes fueran engendrados, antes que naciesen la tierra y el orbe, desde siempre tú eres Dios”* (Sal.90,2). Dios es “totalmente distinto”, imposible de encerrar en el mundo. Dios y el mundo no pueden ponerse en un mismo plano. Ahí radica la razón de que Israel tuviera la seria prohibición de hacerse imágenes de la divinidad.

La benevolencia y la misericordia de Dios

Este Dios trascendente, sin embargo, no es un Dios lejano al hombre. Dios es bondad, cercanía. Esta idea se expresa en la Biblia con el término *hesed* (misericordia). Por eso Dios es el que *“es rico en hesed”* (Ex.34,6). Esta misericordia es un elemento constitutivo de la alianza que Dios sella con su pueblo. Es más, es por este atributo por el que Dios no rompe esta alianza, a pesar de las repetidas infidelidades de su pueblo, sino que, por el contrario perdona toda iniquidad y pecado. Dios aparece como el esposo que ama a su pueblo con el cariño loco de un enamorado, capaz de perdonar y acoger a la esposa (el pueblo), que ha caído en el adulterio (Os.3,1), con la esperanza de lograr seducirla para que ella le llame “marido mío” (Os.2,18).

Esta actitud de amor y misericordia es una decisión fundamental de Dios, porque Yahvé es “misericordioso y clemente, tardo en la cólera y rico en benevolencia de alianza y fidelidad” (Sal.86, 15).

Dios es Amor

A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito.

El amor de Dios a su pueblo es comparado al amor de un padre a su hijo (Is. 11, 1). Este amor es más fuerte que el de una madre a sus hijos (Is. 49, 14-15). Dios ama a su pueblo más que un esposo a su amada (Is. 62, 4-5). Este amor vencerá incluso las peores infidelidades (Ez. 16; Os. 11). Se trata de un amor eterno (Is. 54, 8; Jr. 31, 3).

La justicia de Dios

En nuestra cultura la justicia se entiende como un concepto y una realidad que se contraponen a la gracia. Esto mismo solemos aplicárselo también a Dios. Lo primero que hemos de decir en este sentido es que la justicia de Dios está íntimamente relacionada con la salvación (Is.45,8), y con el *hesed* (Sal.36,11). De tal manera que la justicia de Dios se manifiesta constantemente en acciones salvíficas para su pueblo (Jue.5,11). Hasta el punto de que justicia viene a ser equivalente de “defender eficazmente al que por sí mismo no se puede defender”. Eso es hacer justicia según el Antiguo Testamento. Dios es justo y ejerce la justicia porque defiende al que no puede hacerlo. De ahí que justicia y salvación vienen a ser dos términos, casi equivalentes.

2.- El Padre mío y Padre vuestro

El prólogo del evangelio de Juan hace esta afirmación: “*A Dios nadie lo ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien lo ha explicado*” (Jn.1, 18). Con esto Juan nos está poniendo de manifiesto, por una parte, que Dios está muy por encima de todo lo que la inteligencia del hombre pueda alcanzar por sí misma, pero, también, que este Dios se ha dado a conocer en la persona de Jesús de Nazaret. Por tanto, viendo y comprendiendo a Jesús, se ve y se comprende a Dios: “*Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Jn.14,9). Y ¿qué Dios es el que nos muestra Jesús?

Sin duda, el Dios de Jesucristo es el Dios de la cercanía y la solidaridad; el Dios preocupado por el hombre, de manera especial por el débil, el pecador y el marginado. Y todo esto porque el Dios de Jesucristo es el Padre de todo los hombre, que da su propia vida y que quiere establecer una comunión de vida y de intimidad entre él y aquellos a los que llama sus hijos. Esta es la gran novedad aportada por Jesucristo.

Pertenece al abecé de toda experiencia religiosa auténtica la percepción de que existe un lazo de parentesco entre el hombre y la divinidad. La designación de Dios como padre está presente en innumerables pueblos y culturas. Con esta expresión se intentaba traducir por un lado la absoluta dependencia del hombre con respecto a Dios, y por otro el respeto inviolable. El hombre agradece la existencia a la divinidad y se relaciona con ésta como un niño con su madre o con su padre. Pero esta palabra padre, primitivamente, no estaba todavía asociada a la generación, sino que expresaba la autoridad, la plenitud de poder y la sabiduría de los ancianos. Era, pues, una designación y un título de honor. Será posteriormente cuando pase a significar el creador o el engendrador de todos.

Respecto a Israel y su relación con Dios como padre, hay que decir que en el Antiguo Testamento se llegó muy lentamente a representar a Dios como padre. La

figura de Dios-Padre emerge de la experiencia que el hombre veterotestamentario tiene de Dios como el que está al lado de los padres y les ayuda en su camino. Es el Dios que estrecha alianza con su pueblo. Es, pues, la experiencia de saberse escogido como pueblo de su propiedad, y de saberle liberado de la esclavitud de Egipto lo que le lleva a Israel a designar a Dios como padre. Dios mismo, en el Éxodo dice: *“Israel es mi hijo primogénito”* (Ex.4,22), e Israel reconoce que su existencia como pueblo se debe a Dios: *“¿No es (Yavé) tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?”* (Dt.32,6).

La designación de Dios como padre viene profundizada con los profetas, que desarrollan un radical sentimiento ético. Si Dios es padre, hemos de portarnos como hijos obedientes con Él. Y es entonces cuando Dios, mediante la palabra profética, se presenta como padre: *“Yo había pensado contarte entre mis hijos, darte una tierra envidiable..., esperando que me llamas padre mío y no te apartaras de mí”* (Jer.3,19-20).

Sin embargo, el nombre de padre dado a Dios, no es determinante en el Antiguo Testamento, sino un nombre entre otros. Esta relación de padre se siente a partir de todo el pueblo y no a partir de cada persona. Dios es el padre del pueblo de Israel, pero nunca se habla de Dios como padre de un individuo particular. Nunca encontramos directamente en la oración del israelita la invocación, “Dios mi padre”. Será necesario esperar hasta la revelación del Nuevo Testamento. Concretamente, es a Jesucristo a quien debemos atribuirle la introducción de esta novedad, llevando así hasta su más honda intimidad la relación religiosa del hombre que se descubre hijo, experimentando a Dios como padre, como *Abba* (padre querido).

La novedad del Nuevo Testamento radica, primero, en la frecuencia con que se utiliza este apelativo para referirse a Dios: hasta 245 veces; segundo porque aquí el hijo no es ya sólo el pueblo en general, sino cada creyente en particular (Mt.5,44-48); es más, a juicio del evangelio de Juan, todo concepto de Dios que no corresponda al de Padre no es acertado (Jn.20,17)

Invocar a Dios como *Abba* es, sin lugar a dudas, una de las características más seguras de Jesús. *Abba* pertenece al lenguaje infantil y doméstico, un diminutivo de cariño (papaíto). A nadie se le ocurría usar con Dios esta expresión: hubiera sido infringir el respeto a Yavé. Y, sin embargo, Jesús en todas sus oraciones se dirige a Dios con esta expresión. Nada menos que 170 veces ponen los evangelios esta expresión en labios de Jesús. Más aún, el Nuevo Testamento conserva la palabra aramea *Abba* para subrayar el hecho insólito del atrevimiento de Jesús (Rom.8,15; Gal.4,6). *Abba* encierra el secreto de la relación íntima de Jesús con su Dios. Jesús se dirigía a Dios como un hijo a su padre, con la misma sencillez íntima, con el mismo abandono confiado. *Abba* es, pues, el nombre propio de Dios para Jesús.

Ahora bien, Jesús no sólo invoca a Dios como “mi Padre”, sino que también nos enseña a invocarle como “nuestro Padre”. Y este Padre de Jesús no lo es sólo de los fieles, sino que es Padre de todos, indiscriminadamente, pues *“es bondadoso con los malos y desagradecidos”* (Lc.6, 35) y *“hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos”* (Mt.5,45).

Así, pues, cuando el cristiano, guiado por Jesucristo, llama a Dios Padre, no piensa primeramente en un creador, en un misterio abisal del que todo procede. No es que tal idea esté ausente, pero no es la catalizadora de la experiencia religiosa. La novedad radica en la experiencia de que *Dios está-ahí-como-Padre*, cuidando de sus hijos, con un corazón sensible a nuestros problemas, con sus ojos clavados en nuestros sufrimientos y con sus oídos atentos a nuestro clamor. El hombre no es un número o una molécula perdida, sino una persona, blanco del amor entrañable de Dios, a cuyos cuidados puede confiarse enteramente.

Cercano de este modo al Padre, el hombre se siente hijo. “Hijo” expresa fundamentalmente una relación personal. El hijo es tanto más hijo cuanto más cultiva la intimidad y la confianza en el Padre. Lo dice muy bien san Pablo: *“No recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os vuelva al temor; recibisteis un Espíritu que os hace hijos, y que nos permite gritar: ¡Abba, Padre!”* (Rom.8, 15). Surge, por tanto, una nueva comunidad de los hermanos y las hermanas en el Hermano mayor que es Jesús; todos somos hijos en el Hijo, animados a prorrumpir con la misma palabra del Hijo Jesús: Abba. Hemos pasado de la dimensión vertical hijo-Padre, a la horizontal de fraternidad. Nadie es ya una isla. Todos estamos incorporados a la comunidad mesiánica del reinado del Padre.

El acceso a Dios-Padre no es fácil, sino difícil, arduo y requiere audacia, porque exige fe, esperanza, amor, capacidad de soportar las contradicciones de este mundo, un mundo que, para algunos, está en camino hacia convertirse en una sociedad sin padre. Por eso, hoy más que nunca, se hace necesario que el cristiano elabore su imagen de Dios que sea fruto de una fe adulta y no solamente un sedante del instinto de protección y pueda invocarle como Padre incluso en la oscuridad de la noche interior o en los sollozos del sufrimiento sin nombre.